

Disfrutemos las diferencias, la discriminación mata.

Laura Villafuerte Rodríguez (responsable de la Organización de Mujeres de la Confederación de STEs-i)

ACEPTAR LAS DIFERENCIAS, PARA PREVENIR LA VIOLENCIA

Hoy día podemos hablar de masculinidad y de feminidad, gracias a un proceso de toma de conciencia crítica de que los comportamientos masculinos y femeninos no son algo natural, sino construidos social e históricamente.

Los géneros son una construcción histórica y social que prescriben a los individuos, en función del sexo con el que nacen, un sistema de identidades: lo que deben hacer, sentir y pensar, a lo largo de sus vidas; son patrones de comportamientos, ideas y vivencias que nos modelan interiormente, llegando a constituir nuestra "identidad" como seres humanos, seres humanos "hombres", o seres humanos "mujeres".

Otra característica invariable en las sociedades históricas, es el hecho de que el género masculino siempre es considerado superior al femenino, lo que produce una jerarquía entre los sexos, que se traduce en un muy diverso nivel de oportunidades de acceso a los recursos y al poder.

La masculinidad, igual que la feminidad¹, se aprende en la escuela, en la familia, con el grupo de iguales, a través de los medios de comunicación y se refuerza socialmente a lo largo de toda nuestra vida.

¿Qué tienen que ver los géneros con el tema que nos ocupa: las diferencias y la violencia?

Los mandatos de género, interiorizados a través de la socialización, constituyen los guiones obligatorios de nuestra vida y nos abocan a formas diferentes de ser y estar en el mundo. Al ser

construcciones sociales, no son inmutables. Afortunadamente, hoy día el rigor de su prescripción se va flexibilizando, y en esa medida, hombres y mujeres nos vamos sintiendo cada vez más libres de esa armadura interna que nos encorseta.

La escuela continúa siendo un lugar donde la masculinidad y la feminidad se construyen, se afirman y perpetúan: a los chicos se les sigue transmitiendo que la masculinidad está asociada a la fuerza, a la competitividad, al coraje, la no manifestación de sus sentimientos y debilidades; se les sigue tolerando un mayor grado de violencia porque en ellos se percibe como normal; se les enseña que lo que los hombres hacen tiene más valor;

que lo que ellos hacen es lo normal, que las diferentes son las chicas; se les enseña que lo que las chicas hacen tiene escaso valor -las chicas son charlatanas, lloronas, débiles... y para un chico, llamarlo "chica" es uno de los peores insultos-. Si "chica" es un insulto, es porque lo que las chicas hacen o dicen vale bien poco. El otro "insulto" que más les duele es "maricón", porque les enseñamos la homofobia como una reafirmación de su masculinidad.

La diferencia sexual es la primera diferencia que aprendemos, y sobre ella, con las mismas connotaciones de poder-susmisión, valoración-devaluación, vamos asentando el resto de diferencias. La diferencia jerárquica masculina es un gigante con los pies de barro, que se agrieta ante la mera presencia de las y los diferentes. Muchos chicos justifican sus comportamientos violentos ante la



“provocación” que representa para ellos que las chicas no respondan al rol asignado. La frágil y forzada heterosexualidad se resiente ante la existencia de chicos diferentes. Al magrebi lo colocamos en su sitio llamándolo “moro”. A los gitanos les dejamos claro “lo que son” cuando a un niño sucio lo llamamos así.

En nuestra cultura, las diferencias, casi cualquier diferencia, nos provoca conflicto –diferentes ideas, gustos, estilos de vida...-. Pero el conflicto provocado por las diferencias se convierte en violencia cuando se interpretan no como una riqueza, sino como una expresión de inferioridad de “lo otro”. El origen de la violencia es, pues, la incapacidad de reconocer al otro o a la otra. Este sentimiento lleva a vivir las diferencias como una amenaza, un estorbo o un motivo de inquietud, y sus consecuencias van desde la ignorancia o negación de las otras personas, hasta la infravaloración o la exclusión mediante diversas formas, entre las cuales, la agresión física es la más extrema (Jaramillo 1999). Por eso la violencia no es neutra, es masculina, porque en su origen está la incapacidad de reconocer y valorar al “otro” como un igual.

Niños y niñas introyectan los mandatos de género a través de la imitación de modelos, premios y castigos, según actúen de acuerdo con lo que la sociedad considera propio de su sexo.

Niños y niñas perciben, de acuerdo con el modelo androcéntrico en el que vivimos, que la humanidad y todos sus productos, son atribuidos y representados exclusivamente por el género masculino. De esta forma, mientras que los niños tienden a valorar e incluso sobrevalorar su yo, por la interiorización cargada de valor positivo de su rol de género, en las niñas la autoestima se resiente por la desvalorización sociocultural de lo femenino (Muñoz, 2001).

Este desequilibrio está legitimado culturalmente mediante lo que, autores como Galtung (1990) denominan “violencia cultural”, es decir, las leyes, las costumbres, las religiones, las filosofías, las ciencias, las artes, la historia, las instituciones, la educación y, en general, todos los elementos del sistema social refuerzan esa diferencia discriminatoria, lo que asegura el blindaje de ese orden establecido.

Los mandatos de la masculinidad promueven en los chicos la agresividad, la competitividad, el control, la dureza, la fuerza física, la represión de los sentimientos y de la emotividad. Es significativo que desde el imaginario colectivo más arraigado, se



Mientras que los niños tienden a valorar e incluso sobrevalorar su yo, por la interiorización cargada de valor positivo de su rol de género, en las niñas la autoestima se resiente por la desvalorización sociocultural de lo femenino.

emplean los términos “marica”, “cobarde” o “blando” para insultar, cuestionar y devaluar comportamientos de muchos chicos que, afortunadamente para ellos y para el colectivo de mujeres, no asumen ni ejecutan conductas violentas, dominantes, devaluativas hacia las chicas,... o bien han desarrollado su capacidad emocional y afectiva, de escucha, empatía, etc.

Luis Bonino, director del Centro de Estudios de la Condición Masculina de Madrid, señala que los hombres protagonizan la mayoría de los disturbios de la salud pública (drogodependencias, suicidios, abusos, violaciones, etc.) y propone redefinir las “patologías masculinas” más frecuentes que se derivan del “arquetipo viril”, tales como: la restricción emocional, la indiferencia hacia los demás, los abusos de poder, la satanización del otro, entre otras, que sustentan la subjetividad masculina hegemónica.

En la socialización masculina, la asociación entre masculinidad y violencia es tan fuerte y estrecha, que cuando se ha preguntado a algunos hombres inculcados por delitos de violencia, por las razones de sus conductas violentas, han respondido: “Les quería demostrar que no era un marica”, “Tenía que probar que era un hombre...”. En este sentido, la mística de la masculinidad, que, en su versión más modélica y extrema a través del “héroe”, convierte en virtud el asesinato de los de diferente etnia, religión, etc., o la violación de las mujeres del grupo vencido, está llevando a gran parte de la humanidad a la tumba.

La estrecha asociación entre masculinidad y violencia está siendo especialmente promovida por los medios de comunicación, las películas y los videojuegos:

·Los medios de comunicación nos transmiten una visión del mundo tan violenta, que, además de distorsionar la percepción de lo que realmente ocurre, nos muestra zonas del planeta que necesitan ser salvadas por el arquetipo viril (varonblanco-guerrero): Irak, África...

·Las películas muestran una “violencia embellecida” que se convierte en atractiva y en un modelo a imitar –violencia ejercida por alguien más o menos atractivo, simpático y que persigue un buen fin: los Bruce Willis, Rambos, Keanu Reeves, Schwarzenegger, que los adolescentes viven como sus héroes–.

·Los videojuegos favorecen la normalización lúdica de la misma.

En 1964, Betty Friedam denunciaba cómo la mística de la feminidad ha logrado enterrar en vida a millones de mujeres; actualmente, si no cuestionamos la



mística de la masculinidad, ésta puede llevar a toda la humanidad a la tumba.

El otro extremo de esta estructura bipolar lo constituye la socialización de las chicas para que lleguen a ser el modelo de mujer establecido.

Una larga tradición que aún deja sentir su peso en la socialización de las chicas, es la tradicional adscripción de las mujeres al mundo doméstico y al desarrollo de las cualidades para desenvolvernos en ese ámbito, fundamentalmente las tareas reproductivas y del cuidado. Mientras que a los chicos se les prepara para desenvolverse en el mundo público, a muchas chicas se las sigue socializando para que su ámbito de realización sea el hogar: lugar en el se hace efectiva la ecuación: mujer=esposa=madre. A ese ser para los otros, antes que ser para sí, se debe

la depresión, que es la enfermedad de las mujeres de este siglo, y responde la mayoría de las veces a la expresión de la tristeza profunda por la pérdida del deseo a forjarse una misma como persona (Miz-rahi, 1992). Mandatos ancestrales como la sumisión, el silencio y la obediencia están introyectados, ideológica y culturalmente, de manera que su trasgresión nos lleva al temor a ser marginadas y a perder la aprobación y al miedo a la soledad.

Por todo esto, creemos que la alternativa de educar para desarrollarnos como seres únicos, distintos y diversos, aprender a respetar las diferencias, y más aún, a valorarlas y disfrutarlas, no sólo es el verdadero sentido de la educación, sino el mejor medio para lograr una cultura de la paz y del respeto entre los seres humanos y entre éstos y la naturaleza. ☺

NOTAS

1 Se entienden “masculinidad” y “feminidad” como la forma prescrita y socialmente aceptada de ser varón o mujer adultos en un momento histórico concreto de una sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- BARRAGÁN, F. (coord.) (2001): *Violencia de género y currículum*. Málaga, Aljibe.
- BOLANCÉ, J. (comp.) (2002): *Violencia, género y educación*. Córdoba, Ayto. de Córdoba.
- GOLEMAN, D (1996): *Inteligencia emocional*. Barcelona, Kairós.
- IMBERTI, J. (comp.) (2001): *Violencia y escuela*. Argentina, Paidós.
- LOMAS (COMP) (1999): *¿Iguales o diferentes? Género, diferencia sexual, lenguaje y educación*. Barcelona, Paidós.
- MIEDZIAN, M. (1995): *Chicos son, hombres serán*. Barcelona, Horas y horas.
- MIZRAHI, L. (1992): *La mujer transgresora*. Barcelona, Emecé.
- MORIN, E. (2001): *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona, Paidós.
- MUÑOZ, B. (2001): *La coeducación como alternativa a la violencia de género*. En *La educación de las mujeres: nuevas perspectivas*. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- ORTEGA, R. (coord.) (1998): *La convivencia escolar: qué es y cómo abordarla*. Sevilla. Consejería de Educación y Ciencia. Junta de Andalucía.
- ROJAS MARCOS, L. (1998): *Las semillas de la violencia*. Madrid, Espasa.
- SANTOS GUERRA, M.A. (coord.) (2000): *El harén pedagógico*. Barcelona, Graó.
- SANTOS GUERRA, M.A (coord.) (2003): *Aprender a convivir en la escuela*. Madrid, Akal.